



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 10

CT 117 HISTORIA DE LA IGLESIA II

González, Justo y Carlos Cardoza. “Las misiones en la Época Contemporánea”. En *Historia general de las misiones*, 143-159. Barcelona: CLIE, 2008.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Las misiones en la Época Contemporánea

Introducción general

El siglo XIX presentó para las misiones cristianas el más grande reto y la más amplia oportunidad. Las nuevas condiciones del mundo eran tales que podría suponerse que el impulso misionero del cristianismo, unido como estaba a algunas de las viejas condiciones, no lograría sobrevivir. A fines del siglo XVIII y principios del XIX aparece en la historia de Occidente una serie de movimientos que tendían a debilitar el apoyo que desde la época de Constantino el estado le había prestado a la iglesia. La Revolución Francesa se caracterizó por su anticlericalismo, y todo indicaba que uno de sus resultados sería la pérdida de vitalidad por parte de toda la iglesia europea, especialmente la Católica Romana. Las guerras napoleónicas desangraron a Europa y debilitaron grandemente a las dos naciones que hasta entonces habían sido la principal fuente del impulso misionero: España y Portugal. En Norteamérica, los forjadores de la nueva nación abogaban por la separación entre la iglesia y el estado.

En el campo del intelecto, las señales tampoco parecían ser favorables para la iglesia cristiana. Los nuevos descubrimientos históricos, biológicos y astronómicos hacían surgir dudas acerca de la veracidad de la Biblia. La historia de la creación del Génesis parecía quedar desmentida por la teoría de la evolución. Toda la cosmología bíblica quedaba en entredi-

cho ante las nuevas teorías astronómicas. La propia existencia de Jesús pronto sería dudada, o al menos se intentaría reconstruir la realidad histórica que se encontraba detrás del Nuevo Testamento. En las principales universidades de Europa, y aun en las cátedras teológicas, se daba la impresión de que el cristianismo estaba a punto de llegar a ser sólo un recuerdo histórico, dejado detrás por los nuevos descubrimientos.

Por otro lado, algunos teólogos reinterpretaban los principios de la fe a la luz de los grandes cambios en las ciencias naturales y sociales. Algunos de estas reinterpretaciones mantenían a la iglesia en conversación con la época, pero no sin crear disturbios y contiendas sobre el significado de la fe en un contexto de tanto cambio.

En buena parte del mundo, las iglesias, y especialmente la Católica Romana, se habían aliado a la fuerzas que se oponían a los movimientos revolucionarios que buscaban un nuevo orden. Con el triunfo de las revoluciones en Francia y en Norte y Sur América, era de suponerse que el cristianismo perdería buena parte de su fuerza.

Por último, dentro de la misma iglesia cristiana había divisiones y contiendas que debilitaban la eficacia de su testimonio. Estas contiendas, como indicamos antes, existían no sólo entre las diversas confesiones, sino aun den-

Las misiones en la Época Contemporánea

tro de cada denominación, y giraban a menudo alrededor de la manera en que los cristianos debían ver los nuevos descubrimientos y las nuevas teorías científicas.

La expansión del cristianismo en el siglo XIX es compleja. Si tal expansión del cristianismo hubiese dependido únicamente de la unidad interna de la iglesia, el siglo XIX hubiera visto el fin del avance misionero. No obstante, el siglo XIX, con su impulso imperialista desde Europa occidental y posteriormente desde los Estados Unidos, incide de manera compleja en la tarea misional. Veremos que en ocasiones el imperialismo europeo sirve de aliado para la tarea misionera, en otras los misioneros se convierten en fuertes enemigos de la política imperialista, y en otras los misioneros tienen un papel ambiguo y confuso entre los nacionales y la política imperialista.

Contra lo que podría esperarse, el siglo XIX es uno de los puntos culminantes en la historia de las misiones cristianas euroatlánticas. Dada la ambigüedad de las misiones en relación a las autoridades civiles, la iglesia descubrió en la falta de apoyo por parte de los gobiernos un reto cuyo resultado final fue la divulgación del interés misionero entre una proporción mayor del pueblo cristiano. Las preguntas que el siglo XIX planteó acerca de la veracidad de la Biblia y del cristianismo sirvieron para que los propios cristianos se plantearan de nuevo preguntas fundamentales acerca del carácter de su fe, y así se lanzaran por nuevos caminos de obediencia a Dios. Además, los movimientos de carácter pietista que hemos mencionado en el capítulo anterior continuaron creciendo y jugaron un papel de suma importancia.

En términos generales podemos decir que el siglo XIX es el siglo de la expansión protestante euroatlántica. Tanto la Iglesia Católica Romana como la Ortodoxa Rusa continuaron su trabajo misionero. Pero el protestantismo, por su relación directa con los países europeos que se levantaban como nuevas potencias mundiales y por los cambios políticos y económicos

dentro de esos países mostró una capacidad mayor para adaptarse a las nuevas circunstancias y también más vitalidad para penetrar en tierras hasta entonces vírgenes de predicación misionera. En todo caso, discutiremos primeramente las misiones católicas romanas, para luego pasar a la ortodoxas y por último llegar al movimiento misionero protestante.

Antes de seguir adelante, sin embargo, conviene señalar que el presente capítulo es sólo una introducción general a la historia del avance misionero durante los siglos XIX y XX. En efecto, la expansión del cristianismo durante este período es tal que sería fútil tratar de discutirla en un solo capítulo. Por esta razón, tras la introducción presente, pasaremos a discutir por separado las distintas regiones del globo. Puesto que la historia del cristianismo en Europa y los Estados Unidos durante este período se estudia usualmente en los cursos generales de historia eclesiástica, sólo la discutiremos aquí en cuanto se relaciona con la obra misionera en otras regiones.

A. La Iglesia Católica Romana

Para las misiones católicas romanas, el siglo XIX no representa un nuevo punto de partida en el mismo sentido en que lo es para las misiones protestantes. Los católicos —a diferencia de los protestantes— habían tenido desde siglos antes un profundo interés misionero. Sin embargo, el siglo XIX presentaba para ellos, y en ocasiones en mayor grado que para el protestantismo, los mismos retos que para el resto de la iglesia. Diversos acontecimientos históricos, culminando en la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas y las guerras de la independencia de América, habían hecho declinar el poderío colonial y político de España y Portugal, que durante siglos habían sido los centros de las misiones católicas. El otro gran país de fe católica, Francia, no había prestado gran atención a la obra misionera aun en tiempos de su auge político, y no era de suponerse que tras la revolución ese

país fuese capaz de servir de centro a un gran movimiento misionero.

A pesar de tales circunstancias, el siglo XIX vio el desarrollo de diversos aspectos del catolicismo romano que a la larga fortalecerían su obra misionera.

El primer hecho notable en la historia del catolicismo romano del siglo XIX es la unificación de la iglesia bajo un poder papal consolidado. Los diversos estados europeos y americanos, al insistir en la separación entre la iglesia y el estado, pretendían evitar la ingerencia de aquélla en éste último, pero también renunciaban a la autoridad que algunos estados habían ejercido sobre la iglesia en sus dominios. Aun en el caso de los países en que siguió existiendo una unión estrecha entre la iglesia y el estado, éste último estaba por lo general tan debilitado que no podía oponerse al dominio directo de la iglesia por parte de la sede romana. Este movimiento fue apareado a otro de carácter muy opuesto dentro de la Iglesia Romana pero cuya consecuencia práctica era la misma: el ultramontañismo, que abogaba por el acrecentamiento de la autoridad pontificia. La culminación de todo esto fue el Primer Concilio Vaticano (1869-1870), que promulgó oficialmente la doctrina de la infalibilidad papal.

Otro aspecto importante de la vida de la Iglesia Católica Romana en el siglo XIX que habría de afectar su trabajo misionero fue la revitalización de algunos de los viejos instrumentos de las misiones católicas, y muy especialmente de la Compañía de Jesús y de la *Sacra Congregatio de Propaganda Fide*. La primera había sido disuelta por el Papa en el año 1773, y a partir de 1801 se comenzó a autorizar su existencia hasta que en 1814 se le concedieron de nuevo sus antiguos derechos. La *Congregatio de Propaganda Fide* fue usada por Napoleón como un instrumento de su política, pero después volvió a comenzar su obra con nuevos bríos. Cada vez más esta organización vino a ser el foco de todo el trabajo mi-

sionero católico, hasta que en el 1938 cambiaron sus funciones legislativas y la *Congregatio* tomó responsabilidades administrativas para fomentar el desarrollo de un clero autóctono y la contextualización de la fe católica en distintas partes del mundo.

La tercera característica de la Iglesia Romana durante este período está en el desarrollo de nuevos medios para sufragar los gastos misioneros que antes corrían por cuenta de los estados coloniales. Cuando las potencias coloniales católicas se mostraron incapaces o poco deseosas de sostener económicamente el trabajo misionero en sus colonias, la iglesia se vio en la necesidad de buscar nuevas fuentes de apoyo económico. Estas fuentes fueron principalmente las numerosas sociedades para el apoyo a las misiones que aparecieron en toda Europa, muy especialmente en Francia. Algunas de ellas, como la Asociación de la Propagación de la Fe, reunían dinero para el trabajo misionero. Otras reunían ropa u otros medios físicos necesarios en las misiones. El resultado neto de todo esto fue que el interés misionero dentro del catolicismo romano se hizo cada vez más amplio, extendiéndose entre los laicos.

Sin embargo, en términos generales el siglo XIX no es para las misiones católicas un nuevo comienzo del mismo modo en que lo es para las protestantes. La mayor parte de los instrumentos católicos que se emplearon en el siglo XIX era sólo continuación de los que se habían empleado anteriormente. Si bien las guerras napoleónicas y la independencia de las naciones de América fueron para el catolicismo un paréntesis durante el cual su empresa misionera perdió mucho de su ímpetu, una vez cerrado ese paréntesis la teología y los métodos misioneros de la Iglesia Católica Romana siguieron siendo los mismos que anteriormente se habían empleado. De hecho, en el caso de la Iglesia Católica Romana, los primeros años del siglo XX marcan un punto de partida mucho más significativo que el principio del siglo XIX.

Las misiones en la Época Contemporánea

B. Las iglesias ortodoxas

Aunque en el siglo XIX existían en el oriente y centro de Europa varias iglesias ortodoxas, fue la Iglesia Ortodoxa Rusa la que hizo más por la expansión del cristianismo, y aun ésta hizo poco fuera de las fronteras del Imperio Ruso. Las más notables misiones rusas durante el siglo XIX tuvieron lugar en Siberia, donde aún había habitantes no cristianos. Entre todas las misiones rusas en esta región la que más se destaca es la de Altai, en el occidente siberiano, que se halla indisolublemente unida al nombre de Makarij Glucharev. Hubo también misiones notables en Tobolsk, Irkutsk y el Transbaikal.

En el extranjero, la principal misión ortodoxa rusa fue la del Japón, que floreció bajo el Padre Nicolai y a la que hemos de referirnos en otro capítulo. Además hubo misiones ortodoxas en la China, en Corea y en el Cáucaso. Por último, la Iglesia Ortodoxa Rusa se extendió hacia el continente americano, donde su más amplia empresa fue en Alaska, aunque ésta se detuvo cuando en el año 1887 Rusia vendió la península a los Estados Unidos. Hubo buen número de inmigrantes rusos a la América del Norte y algunos a la América del Sur, a las regiones de São Paulo y Buenos Aires. La primera iglesia ortodoxa rusa en la América Latina se organizó en Buenos Aires a fines del siglo XIX, y la primera sede episcopal fue la de São Paulo, establecida en el año 1934.

Como era de esperarse, la Revolución Rusa trajo un nuevo período en la historia de la iglesia del país. Puesto que ésta perdió el apoyo económico y político de que habían dependido sus misiones, las mismas sufrieron grandemente, sobre todo en los primeros años después de la revolución. Además, fuera del territorio dominado por los bolcheviques, se produjeron cismas que reflejaban diversas actitudes hacia la situación política de Rusia.

C. Las misiones protestantes

El siglo XIX se caracteriza por la expansión colonial y misionera protestante. Varios países

protestantes, pero muy especialmente la Gran Bretaña, extendieron su poder económico y político a distintas regiones del globo. El imperio que la Gran Bretaña construyó llegó a ser el más amplio que la historia haya jamás conocido, con millones de súbditos e incluyendo dentro de sí diversas culturas antiquísimas. Por su parte, los Estados Unidos continuaban su labor de expansión hacia el oeste, unas veces por la colonización, otras mediante compras de territorio, y otras mediante la conquista armada. Los descubrimientos del capitán Cook en sus viajes por el sur del Pacífico le abrieron al mundo, y muy especialmente a Inglaterra, que entonces gozaba de la hegemonía marítima, nuevos horizontes. Era de esperarse que todo esto hiciera despertar un nuevo interés misionero en Inglaterra y los demás países protestantes. Esto fue en efecto lo que sucedió, pero es necesario señalar que la expansión protestante del siglo XIX, particularmente la que partió de los Estados Unidos, fue mucho más independiente de la colonización política y económica que la expansión católica romana de los siglos anteriores. Si bien hubo misioneros ingleses y holandeses en los territorios en que esos países establecieron intereses coloniales, también hubo grandes empresas misioneras en países en que los intereses políticos y económicos de Inglaterra, los Estados Unidos y las demás potencias protestantes aún no asomaban. Un ejemplo notable de esto es la misión de Adinoram Judson en Birmania, que estudiaremos en el próximo capítulo.

Otro factor importante en el desarrollo de la misiones protestantes fueron las agencias de misión, que tomaron el carácter de lo que Spener hubiera llamado una *ecclesiola in ecclesia* —una comunidad particularmente comprometida dentro de la iglesia en general. El movimiento misionero europeo del siglo XIX se caracterizó por grupos de cristianos con un gran fervor misionero que laboraron al margen (y en ocasiones a pesar) de las denominaciones protestantes. En los Estados Unidos, el movimien-

to misionero cobró vigor con el espíritu del trabajo voluntario o el *voluntarismo*, un aspecto importante de la ideología del individualismo que marcó tanto a Europa como a Estados Unidos durante el final del siglo XIX y principios del XX.

1. *El precursor: Guillermo Carey*

Uno de los más grandes misioneros de los tiempos, y el principal precursor del movimiento misionero moderno, es Guillermo Carey. Carey nació en Inglaterra en el año 1761, de una familia de baja clase media íntimamente relacionada con la Iglesia de Inglaterra. Cuando tenía seis años de edad su padre vino a ser maestro de escuela, y esto colocó al joven Guillermo en una posición que le permitió lograr cierto grado de educación a pesar de los recursos limitados de su familia.

Leyendo un periódico que su padre recibía como maestro de escuela, Carey supo por primera vez de los viajes del capitán Cook, que despertaron su interés en las tierras lejanas y todo lo que se relacionase con la geografía. También desde su niñez Guillermo Carey manifestó hacia las ciencias naturales un vivo interés que continuaría a través de toda su vida.

Cuando apenas contaba dieciséis años, su padre le envió a un poblado cercano a aprender el oficio de zapatero. Allí, a través de su contacto con otro aprendiz que era algo mayor que él, Carey descubrió en la vida cristiana profundidades que antes no había conocido, y decidió hacerse bautista.

Cuando su matrimonio le obligó a buscar una base económica más amplia, emprendió nuevas actividades y se dedicó a la enseñanza y al ministerio, aunque sin abandonar su oficio de zapatero. Durante este período, con el fin de enseñar geografía a sus discípulos, preparó un globo terráqueo hecho de cuero en el cual señaló las distintas tierras conocidas. Además hizo para su estudio personal un mapa más detallado en el que aparecían los nombres de diversas regiones, así como el carácter y la religión de

sus habitantes. Todo esto fue dándole una visión mundial que más tarde sería importante para su carrera misionera. Al mismo tiempo se dedicó a estudiar latín, griego, hebreo, holandés e italiano, con lo cual dio muestras de una habilidad lingüística que luego le sería muy útil.

Mediante el estudio de la Biblia y bajo la influencia de sus conocimientos de geografía, Carey llegó a la conclusión de que la tarea misionera era obligación de los cristianos, no sólo del período apostólico, sino de todas las épocas. Fue esta convicción la que le llevó a publicar su tratado *An Enquiry into the Obligations of Christians to Use Means for the Conversion of the Heathens* (Un estudio acerca de las obligaciones de los cristianos de emplear medios para la conversión de los paganos). En el mes de mayo del año 1792 predicó ante la Asociación de Ministros Bautistas su famoso sermón sobre Isaías 54:2-3, cuyos dos puntos principales eran: «Esperad grandes cosas de Dios» y «Emprended grandes cosas por Dios». En el mes de octubre del mismo año, y como consecuencia de los esfuerzos de Carey, quedaba constituida la *Particular Baptist Society for Propagating the Gospel among the Heathen* (Sociedad Bautista Particular para Propagar el Evangelio entre los Paganos). Al principio, esta sociedad estaba formada por un número reducidísimo de ministros y amigos de Carey, y su presupuesto anual era insignificante —menos de catorce libras esterlinas. A pesar de lo limitado de esa suma, Carey comenzó a prepararse para partir hacia la India con el médico John Thomas, quien había estado antes en ese país.

Al principio las dificultades parecieron insalvables. La esposa de Carey se negó a seguirle a la India, y sólo accedió a permitir que partiera con él el hijo mayor de ambos. La respuesta de Carey fue que, si él poseyese todo el mundo, gustoso lo daría para estar con ella y con sus hijos, pero que no podía abandonar su obligación misionera por esta razón. Otra difi-

Las misiones en la Época Contemporánea

cultad apareció cuando se descubrió que el doctor Thomas tenía deudas que impedían su partida de Inglaterra. Por último, era de todos sabido que la Compañía Británica de las Indias Orientales no miraba con simpatía la llegada de misioneros a sus colonias, y que haría todo lo posible por evitarla.

A pesar de todas estas dificultades, Carey continuó firme en su propósito. Su esposa accedió por fin a acompañarle y, tras largas gestiones, se hicieron los arreglos necesarios para que el Dr. Thomas y su esposa hicieran lo propio.

A fines del año 1793 Guillermo Carey y sus acompañantes desembarcaron en la ciudad de Calcuta, aunque sin notificar a las autoridades de su llegada, pues de hacerlo así hubieran corrido el riesgo de ser enviados de regreso a Inglaterra. El plan de Carey consistía esencialmente en ganar su propio sustento y el de su familia, para de ese modo no tener que depender económicamente de la sociedad que había quedado en Inglaterra y que había costado su viaje. Para esto contaba con la ayuda del Dr. Thomas. Pero pronto quedó demostrado que éste, si bien era un cristiano sincero y un buen médico, resultaba totalmente incapaz de manejar sus propios asuntos económicos. El dinero que habían traído con ellos de Inglaterra pronto resultó ser insuficiente, y el Dr. Thomas contraía deudas sobre deudas, que ponían en entredicho el carácter de los misioneros. A todo esto se añadía la dificultad de que Carey y sus acompañantes no podían tomar el título oficial de misioneros, lo cual les hubiera valido la expulsión de la India por parte de las autoridades de la Compañía. Dicha dificultad ilustra la situación compleja de muchos misioneros de la época, pues tienen que vivir disfrutando de ciertos beneficios y legitimación por parte del imperio y reteniendo a la vez cierta autonomía para realizar el trabajo misionero deseado. Ca-

rey, por tanto, intentó establecerse en distintos lugares, trabajando en cuanto ocupación pareció ofrecer la posibilidad de un ingreso modesto. Al mismo tiempo, se ocupaba de estudiar el bengalí y de predicar a los indios.¹ Puesto que este período duró varios años, lo aprovechó para aprender también el sánscrito y para comenzar a traducir la Biblia al bengalí. Cuando todas las circunstancias parecían estar contra su empresa, Carey escribió a Inglaterra las siguientes líneas memorables: «Mi posición resulta ya insostenible... hay dificultades por todas partes, y muchas más por delante. Por lo tanto, tenemos que seguir adelante».

Su espíritu indomable le llevó a pedir que fuesen enviados de Inglaterra otros misioneros que pudieran participar de la gran tarea que había que realizar en la India. El plan de Carey consistía en reunir un número de familias en una pequeña comunidad en la cual todos compartieran los gastos, y tanto hombres como mujeres participaran de diversos aspectos de la obra misionera. En respuesta a sus peticiones, llegaron a la India otros misioneros a colaborar con él.

La llegada de este contingente de refuerzos fue la ocasión que llevó a Carey a establecerse en Serampore, territorio que pertenecía a los daneses. Cuando sus nuevos compañeros llegaron, las autoridades británicas no les permitieron desembarcar en Calcuta, y por esa razón pasaron a Serampore, que se encontraba al otro lado de la bahía, frente a la colonia británica. Tras largas gestiones, y viendo que el gobernador danés de Serampore se mostraba favorable al trabajo misionero, Carey decidió trasladar su cuartel general a ese lugar. Allí tuvieron lugar las más grandes empresas de Carey y sus acompañantes.

El trabajo que realizaron los misioneros británicos en Serampore fue sorprendente. Uno de los recién llegados, Ward, era impresor de

1. De aquí en adelante usaremos el término «indio» para referirnos a una persona nativa de la India, y el término «hindú» para referirnos a una persona cuya fe es el hinduismo.

oficio, y se dedicó a imprimir las Biblias que Carey traducía. Otro, Marshman, mostró ser hombre de tanto temple como el propio Carey, y se dedicó a la obra docente. El propio Carey continuó ampliando cada vez más sus actividades lingüísticas, de manera que pronto llegó a dominar varios idiomas de la India, para los cuales escribió gramáticas y diccionarios. A su muerte, Carey había traducido la Biblia o porciones de ella a por lo menos treinta y cinco idiomas y dialectos de la India. Hoy sabemos que algunos de sus trabajos carecen del rigor lingüístico necesario para producir traducciones aceptables y comprensibles. Sin embargo, lo que sí queda marcado para la historia es la pasión de Carey por traducir la Biblia y hacerla accesible a las comunidades de la India en sus propios idiomas.

Un cambio en el gobierno británico local colocó en el poder a un nuevo gobernador que veía con simpatía la obra de Carey. Con el propósito de preparar adecuadamente a los empleados de la Compañía de las Indias, este gobernador estableció un colegio en el cual se enseñaban, entre otras cosas, los idiomas de la región. Carey fue invitado a la cátedra de bengalí. Tras consultar con sus colegas, decidió aceptar dicha invitación, aunque siempre entregó al fondo común de la misión el dinero que recibía en pago de sus labores docentes. Esta actividad le facilitó los contactos con indios de diversas regiones del país que por tanto podían ayudarlo a traducir porciones bíblicas y otra literatura a sus respectivos idiomas y dialectos. De esta manera, la imprenta de Serampore llegó a producir literatura cristiana en 42 idiomas.

El trabajo misionero de Carey en la India era complejo. Al principio no parecía que la misión de Serampore lograría gran número de conversos. Pero en el año 1800 bautizaron al primer converso, un carpintero que antes había escuchado el Evangelio de labios de los mora-

vos. A esta conversión se siguieron motines públicos, y una nueva ola de animadversión por parte de las autoridades coloniales, que temían que la labor de los misioneros despertara rebeldías entre la población del país, no sólo contra el trabajo misionero, sino contra todo el régimen colonial. A pesar de esto, los misioneros continuaron su obra, y tres años más tarde bautizaron al primer brahmín² convertido al cristianismo. Su política de oposición a la distinción de castas que era tradicional en la cultura de la India les trajo serias dificultades, pero se mantuvieron firmes en ella, hasta tal punto que en el mismo año de 1803 un brahmín converso se casó con la hija de un carpintero.

La oposición al trabajo misionero continuó haciéndose sentir, y en repetidas ocasiones la llegada de un nuevo gobernador que prestaba oídos a los enemigos de las misiones puso en peligro la empresa toda. Esta situación continuó hasta que, en el año 1813, y muy especialmente debido a las gestiones de Lord Wilberforce y de la sociedad que en Inglaterra apoyaba a Carey, el Parlamento exigió que en la carta patente de la Compañía de Indias se introdujese una cláusula en la que se establecía que las colonias británicas debían quedar abiertas al trabajo misionero. Esta decisión, por un lado, trajo beneficio para la obra misionera. Por otro, no obstante, servirá de estorbo, en ocasiones legitimando la imposición de la fe cristiana a los hindúes. Más adelante, esta carta patente sería interpretada por algunos hindúes como una versión religiosa del imperialismo inglés.

Desde el comienzo de su obra, Carey y sus compañeros habían estado convencidos de que en última instancia el trabajo de la predicación del Evangelio en la India debía ser llevado a cabo por los mismos indios. Por esta razón, pronto comenzaron a establecer avanzadas de la misión de Serampore en otros puntos cercanos, donde colocaban a un grupo de conversos

2. Un «brahmín» es un hombre que pertenece a la casta alta en la sociedad India y que practica el hinduismo.

Las misiones en la Época Contemporánea

que vivían con sus familias en una comunidad semejante a la que tenían los misioneros de Serampore —aunque con la supervisión, por algún tiempo al menos, de un misionero. El propósito de este plan de acción era que a la larga se estableciese en toda la comarca una red de centros de evangelización que estuviese en manos de los indios cristianos.

Para llevar a cabo este proyecto, así como también para contribuir a hacer a la India partícipe de los beneficios técnicos de la cultura occidental, Carey y Marshman proyectaron e hicieron realidad un centro de estudios superiores que sería modelo de muchos centros semejantes establecidos en otros campos misioneros. Esta escuela tenía estudiantes de diversas religiones. Su propósito era llevar a todos sus discípulos un conocimiento amplio, no sólo de algunos de los adelantos técnicos occidentales, sino también de su propia cultura. En el caso de los discípulos cristianos, el propósito era darles un conocimiento tal del cristianismo por una parte y de los libros sagrados y las religiones de la India por otra, que les fuese posible presentar el Evangelio a sus compatriotas pertenecientes a esas religiones, y discutir, no como extranjeros, sino como cristianos indios. Con respecto a los discípulos no cristianos, el colegio de Serampore buscaba naturalmente su conversión, pero aun si ésta no tenía lugar se consideraba satisfecho por haber mejorado su educación. Para poder llevar a cabo su labor educativa, el colegio comenzó a reunir una vasta biblioteca de libros tanto impresos como manuscritos, y tanto occidentales como indios. Como parte fundamental de la política del colegio, la educación se impartía en sánscrito y en árabe, y el inglés se reservaba para los alumnos más aventajados. Desgraciadamente, lo que parecía ser un esfuerzo por dar a la fe cristiana en India un carácter nacional, provocó en muchos casos un aislamiento cultural y actitudes apoloéticas de superioridad en algunos cristianos indios que se instruyeron y eran parte de estas comunidades cristianas. Sin duda, la tarea mi-

sionera de Carey refleja lo difícil que es desarrollar una comunidad de fe en un contexto que tiene elementos culturales y religiosos tan complejos como los de la India.

Además de estas actividades, los misioneros de Serampore se dedicaron a atacar algunos de los males más serios de la sociedad india. Los que más atrajeron su atención y su esfuerzo fueron dos: la costumbre de sacrificar niños y la de quemar las viudas en las piras fúnebres de sus esposos —el *sahiti*, práctica que Roberto de Nobili había aceptado en su trabajo misionero. Cuando el gobernador Wellesley supo acerca de la práctica de sacrificar niños en el río Ganges, comisionó a Carey para que estudiara los antiguos libros sagrados de la India con el propósito de ver si tales prácticas se basaban en ellos. Carey llegó a la conclusión de que en los libros sagrados de la India no se ordenaba el sacrificio de niños. Fortalecido por este argumento, Lord Wellesley ordenó que dicha práctica cesase inmediatamente y estableció medios de vigilancia para evitar que se continuase. A los pocos años, y con la contribución de Carey junto a otros hindúes que también estaban en desacuerdo con los sacrificios de niños, los hindúes de la región habían dejado de sacrificar niños. Algo semejante sucedió en el caso de las viudas —aunque la costumbre de ofrecerlas en sacrificio en la pira fúnebre de sus esposos estaba tan arraigada que fue mucho más difícil hacerla desaparecer. También en este caso, Carey demostró que la costumbre que se decía ser religiosa no se basaba en mandamiento alguno de los libros sagrados. Tras un largo período de vacilación, las autoridades inglesas decidieron prohibir que se quemase a las viudas junto con los cadáveres de sus esposos. Cuando Carey recibió el edicto, corrió a traducirlo al bengalí, para asegurarse de que ni una sola viuda pereciera por causa de su negligencia.

La obra de Carey y de sus acompañantes tuvo amplias repercusiones. Los hijos del propio Carey fueron también misioneros, el uno en Birmania, donde no tuvo la perseverancia de su

padre, y el otro en Java. En Inglaterra, las noticias de la obra que se realizaba en Serampore hicieron despertar un nuevo interés en cientos de cristianos. La Sociedad Bautista Particular para Propagar el Evangelio envió a Serampore otros misioneros más jóvenes —lo cual no dejó de crear conflictos y hasta un cisma. En Inglaterra surgieron numerosas sociedades misioneras, además de la *British and Foreign Biblical Society* (Sociedad Bíblica Británica y Extranjera) en cuyo origen fue grande la influencia de las noticias que llegaban desde Serampore, y que desde el principio le pidió al grupo que allí trabajaba que colaborase con ella en la traducción y distribución de la Biblia.

Pronto el entusiasmo misionero alcanzaría a todos los rincones de la Iglesia en Inglaterra y hasta en los Estados Unidos.

Debemos señalar que la motivación teológica del trabajo de Carey no se encontraba en un sentido de lástima o compasión hacia los paganos que se estaban perdiendo, como sucedía en el caso de los moravos. Carey sí creía que los paganos que no conocían a Jesucristo estaban perdidos, pero el motivo que le impulsaba no era tanto un sentido de compasión hacia esas personas como la obligación en que sentía le colocaba el mandamiento de Jesucristo de ir por todo el mundo y predicar el Evangelio. Para Carey, las misiones son un acto de obediencia más que de compasión. La compasión juega un papel importante, pero es sólo el resultado de la obediencia.

Por último, es interesante notar que, a pesar de que las circunstancias de la época no le permitieron realizar ese sueño, Carey pensó siempre que la obra misionera debía ser emprendida sin espíritu sectario, y que las divisiones de la iglesia en los países de origen de la misión no deberían llevarse al campo misionero. Más de cien años antes de que tuviese lugar la histórica Conferencia Misionera Mundial de Edimburgo de 1910, Carey soñaba con una gran asamblea mundial en que se reunirían en la Ciudad del Cabo los misioneros

de distintas partes del mundo con los representantes de las sociedades que les enviaban. Con este sueño, Carey se anticipaba a la historia, que mostraba que el espíritu ecuménico, necesario en todas las fases de la vida de la iglesia, resulta imprescindible en el trabajo misionero.

2. Los centros misioneros durante este período

En gran medida como consecuencia de la obra de Carey y sus compañeros, los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX vieron un despertar del interés misionero en la Gran Bretaña. Ya hemos mencionado algunas de las sociedades que surgieron como resultado directo de la obra de Carey. Sus cartas y las demás noticias que llegaban de la India hacían que muchas personas para quienes la fe cristiana era el centro de sus vidas comenzaran a preguntarse si no debían participar de una manera o de otra en el esfuerzo misionero. En el año 1795 se fundó la *London Missionary Society*, y cuatro años más tarde la *Church Missionary Society*. La primera reunía a personas de distintas denominaciones —especialmente congregacionales y presbiterianos— mientras que la segunda comprendía sólo a anglicanos del ala evangélica. Como consecuencia de este despertar, y también a causa de un viejo interés que ya hemos mencionado, los metodistas organizaron una sociedad misionera, y lo mismo sucedió con otros grupos menos numerosos. Es de notarse que estas sociedades tenían un alcance mundial, y no limitaban su acción a las posesiones británicas, como lo hacían las sociedades que habían aparecido antes de Carey. No cabe duda de que buena parte de esta visión mundial se debe a la obra del misionero de Serampore.

Con la fundación de estas sociedades aparece en la historia de las misiones protestantes un fenómeno que no había existido anteriormente, y en el que se amplía el alcance de esas misiones, no sólo en su sentido geográfico, sino también en la amplitud del apoyo financiero, que

Las misiones en la Época Contemporánea

viene de un número de personas cada vez mayor. Además, estas sociedades son el primer intento protestante de organizar el trabajo misionero de tal manera que tenga, además de la misión propiamente dicha, una organización que sirva para mantener vivo el interés en el país de origen.

La existencia de tales sociedades misioneras, no como parte oficial de las denominaciones, sino como eclesiolas dentro de la iglesia, creó una distancia entre «iglesia» y «misión» que más tarde sería necesario salvar.

Por otra parte, la distancia entre estas organizaciones misioneras y las denominaciones proveyó cierto espacio para una reflexión misiológica que contribuyó a la contextualización de las nuevas iglesias en el suelo misionero. Por ejemplo, la misiológica de Henry Venn (de la *Church Missionary Society*) y luego la de Rufus Anderson (*American Board of Commissioners for Foreign Missions*), fueron posibles en parte porque tales misiólogos no tenían que sujetarse por completo a los intereses de sus iglesias de origen. La principal contribución de Anderson en este sentido es el principio de las tres autogestiones (*three-self principle*) según el cual las iglesias fundadas por las sociedades misioneras debían llegar al punto de autogobernarse, autosostenerse y autopropagarse. Esto en sí es una contribución importante a las eclesiologías más tradicionales.

Durante todo el siglo XIX, y a consecuencia tanto de su creciente poderío marítimo y colonial como de la obra de Guillermo Carey y los muchos que después de él hicieron trabajos semejantes, la Gran Bretaña fue la principal fuente de misiones protestantes. Sin embargo, los antiguos países protestantes de Europa, así como los Estados Unidos, lanzaban también sus empresas misioneras. A la larga, el trabajo misionero del protestantismo norteamericano sería mucho más amplio que el de los demás centros protestantes.

En el continente europeo los principales centros de misiones protestantes durante el si-

glo XIX estuvieron en Alemania y Suiza, donde la influencia del movimiento misionero británico se conjugaba con la antigua tradición pietista para dar origen a un genuino interés misionero. Una característica notable del trabajo de las misiones en estos países es que, siguiendo el ejemplo de la antigua Universidad de Halle, se organizaron escuelas que se dedicaban especialmente a la preparación de misioneros. De éstas las más notables fueron las de Berlín y Basilea. Además se fundaron varias sociedades misioneras, muchas de las cuales más tarde se fundieron para poder realizar un trabajo más efectivo. En Holanda se organizó la Sociedad Misionera Holandesa, estrechamente relacionada con la London Missionary Society, y que trabajó especialmente en el sur de África. También en los países escandinavos se organizaron sociedades misioneras durante el siglo XIX. La Sociedad Danesa se distinguió por su trabajo en Groenlandia y la India, mientras que la de Suecia dedicó más atención a las misiones en Lapponia.

Durante el siglo XIX, y aun más en el XX, los Estados Unidos fueron uno de los principales centros de misiones protestantes. Ya hemos visto cómo desde muy temprano se comenzaron en las Trece Colonias de Norteamérica misiones entre los indios. A fines del siglo XVIII los moravos organizaron una sociedad misionera y un grupo de cristianos de Nueva Inglaterra fundó otra cuyo propósito era preparar y enviar negros norteamericanos como misioneros al África. Pero fue durante el siglo XIX que se fundaron las grandes sociedades misioneras norteamericanas. Uno de los principales impulsos que contribuyeron al despertar misionero del siglo XIX en los Estados Unidos fue el gran movimiento religioso que se conoce como el *Second Great Awakening* y que comenzó a principios del siglo XIX. Además de esto, naturalmente, las noticias que llegaban de la obra evangelizadora de Inglaterra en la India, y muy especialmente de la de Carey y sus

acompañantes, contribuían a estimular el interés misionero en los Estados Unidos.

La principal sociedad misionera de los Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XIX fue la *American Board of Commissioners for Foreign Missions*. Esta cautivó el interés de un grupo de estudiantes del Seminario Teológico de Andover, muy especialmente de Adinoram Judson y Samuel J. Mills. Su centro estaba en los estados de Connecticut y Massachusetts, y representaba a los congregacionalistas de esa región. La American Board envió a Adinoram Judson a la India, pero durante el viaje éste decidió unirse a los bautistas. En otro capítulo de esta historia volveremos a encontrarle como el más distinguido de los misioneros protestantes en Birmania. Su presencia en el Oriente llevó a los bautistas norteamericanos a organizar la Sociedad Bautista para la Propagación del Evangelio en la India y en Otras Tierras Extranjeras. Por su parte, Mills continuó la obra de despertar el interés misionero en los Estados Unidos, y gracias a sus esfuerzos y a su cooperación se organizaron varias nuevas sociedades misioneras, así como otras para la distribución de la Biblia y de literatura cristiana.

Durante la primera mitad del siglo XIX, las principales denominaciones protestantes de los Estados Unidos organizaron sociedades misioneras y enviaron representantes a diversas partes del globo, especialmente al Lejano Oriente. Puesto que a mediados de siglo casi todas las denominaciones protestantes se dividieron como consecuencia de los acontecimientos que llevaron a la Guerra Civil, las divisiones de iglesias en los Estados Unidos se reflejaron en sus divisiones misioneras y así comenzó a haber en distintas partes del mundo bautistas, metodistas y presbiterianos del Norte y del Sur. En algunos casos, fue en el campo misionero que primero se vio la futilidad de tales divisiones y por tanto se llegó a la unión de las dos ramas de una misma denominación. En más de una ocasión tales uniones en el campo misionero plantearon ante las iglesias madres la cuestión de si

se justificaba o no la continuación de divisiones que habían surgido en una guerra ya pasada. De esta manera, y aun inconscientemente, las iglesias jóvenes contribuían al desarrollo de sus iglesias madres.

Puesto que cuando se produjo en los Estados Unidos la gran controversia entre fundamentalistas y liberales fueron los primeros quienes más arduamente continuaron el trabajo misionero, y puesto que en todo caso el nacimiento del movimiento misionero en los Estados Unidos había estado estrechamente unido al Second Great Awakening, y puesto que ya se había desarrollado en los Estados Unidos un espíritu de tecnología y eficiencia, no debe sorprendernos que el tipo de cristianismo protestante que los misioneros norteamericanos llevaron a las iglesias por ellos fundadas haya sido individualista, que subyace la necesidad de una experiencia de conversión personal, que a menudo se mostrara suspicaz de todo cuanto fuese estudio racional de la verdad revelada, y que le concediese especial valor a lo pragmático y eficiente. Una triste consecuencia de estas circunstancias fue el hecho de que, cuando ya en los Estados Unidos la cuestión entre liberales y fundamentalistas había quedado casi olvidada en los círculos eclesiásticos, todavía continuaba planteándose y discutiéndose el mismo problema en las iglesias jóvenes fundadas por misioneros norteamericanos. Además, muchos de estos grupos misioneros confundieron la tarea misionera con la transmisión de los valores de las sociedades occidentales que ellos mismos representaban.

Antes de pasar adelante, debemos señalar por un lado que el interés misionero norteamericano precede históricamente a los intereses económicos y políticos de los Estados Unidos. Durante todo el siglo XIX la inmensa mayoría de los misioneros norteamericanos fue a naciones que tenían escasas relaciones con su país de origen. Cuando la expansión económica y política de los Estados Unidos llevó a lo representantes de la diplomacia, la industria y

Las misiones en la Época Contemporánea

el comercio norteamericanos a las lejanas tierras del Oriente, hacía décadas que los primeros misioneros de su país se habían establecido en ellas. Por otro lado, no podemos descartar que para finales del siglo XIX se consolidaba en los Estados Unidos la ideología mesiánica que entendía a la nación norteamericana como una nueva Jerusalén, un pueblo escogido para llevar a todo el mundo la verdad del Evangelio y los valores de una cultura cristiana.

Por último, es importante recordar que durante el siglo XIX el protestantismo se estableció en algunas regiones que pronto llegarían a ser nuevos centros de actividad misionera. En el Pacífico del Sur, Australia y Nueva Zelanda pronto comenzaron a enviar misioneros a las islas cercanas, así como al Lejano Oriente. En el África, los ingleses y holandeses establecidos en el sur del continente realizaron trabajo misionero entre sus vecinos, aunque éste pronto se vio debilitado por la política racista de los colonos blancos. También en África, en las regiones de Sierra Leona y Liberia, y debido a movimientos en Inglaterra y en los Estados Unidos, se establecieron negros libertos procedentes de esos dos países. Puesto que muchos de los colonos negros de estos dos países eran cristianos, y puesto que además sus estrechas relaciones con Inglaterra y los Estados Unidos abrían el camino a otros misioneros, estas dos regiones fueron desde sus orígenes centros de actividad misionera. En el siglo XX, ciudadanos de Liberia y de Sierra Leona contribuirían a la evangelización de sus hermanos de raza en el África.

3. Las misiones y el movimiento ecuménico

Ya hemos dicho que Guillermo Carey, que puede ser considerado como el primer misionero moderno, soñaba con hacer de las misiones una empresa universal y no sectaria. Este sueño de Carey, que no se llevó a la realidad por razón de su carácter prematuro, se basaba en necesidades muy reales a que tenía que enfrentarse todo esfuerzo misionero.

La primera de estas necesidades era la de un testimonio unido, de tal modo que los diversos intereses misioneros, con sus celos y luchas entre sí, no vinieran a ser obstáculo en el camino de la fe para las propias personas cuya conversión se esperaba. El misionero que abandonaba su tierra natal para ir a trabajar a la India quería dedicarse a presentar a los indios el mensaje de Cristo, y no el de las diferencias y semejanzas entre un bautista y un anglicano. Y sin embargo, mucha veces el indio en cuestión pensaba que era necesario explicarle la razón de la existencia de diversos grupos cristianos antes de invitarle a abrazar esa fe.

La segunda de estas necesidades nace del propio contexto, particularmente en la India. Tanto el hinduismo como el islam aparecen en esta época como dos bloques religiosos sin divisiones internas dentro de las tradiciones, al menos al nivel local. Muchos indios no habían experimentado diversidad dentro de una tradición religiosa. Por tanto, las divisiones denominacionales en el protestantismo se convierten en un impedimento para crear un espacio de legitimidad en el contexto del subcontinente. De hecho esto es también así con el budismo, confucianismo y otras tradiciones religiosas en Asia.

Otra necesidad que llevó a muchos misioneros a buscar la compañía de sus colegas de otras denominaciones fue la de compartir sus sueños y frustraciones con otros cristianos con semejantes intereses.

Otra razón para la búsqueda de la unidad en el trabajo misionero fue la conciencia de que había labor misionera duplicada muchas veces en una misma comunidad. La duplicación del trabajo misionero no sólo se consideró una deficiente mayordomía de los recursos, sino que produjo otros problemas misiológicos como los que mencionamos arriba.

Hay una necesidad, no obstante, que no surge del contexto misionero sino del reto que enfrentan los ejecutivos de las sociedades misioneras en los territorios de origen: la co-

municación coherente del trabajo misionero en los países de origen. La ausencia de un trabajo coordinado entre las diferentes sociedades misioneras también produjo informes con diferentes interpretaciones de la tarea misionera que potencialmente podían afectar de forma negativa el apoyo misionero. Por tanto, se va desarrollando entre las sociedades misioneras una red de apoyo y coherencia en la comunicación que influirá de forma marcada en la unidad de las misiones desde los países de origen.

Todo esto hizo que en el campo misionero surgiera un espíritu de cooperación entre cristianos de diversas denominaciones. Este espíritu les llevó a dejar a un lado viejas discusiones y prejuicios que aún reinaban en las iglesias de Europa y los Estados Unidos.

Por otra parte, muchas de las sociedades misioneras que se organizaron en Estados Unidos y Europa incluían en su seno miembros de diversas iglesias, y esto contribuyó al acercamiento entre los cristianos.

Luego, puede decirse que el movimiento ecuménico es hijo de las misiones. Aunque este movimiento logró mucho mayor desarrollo en el siglo XX, ya desde el siglo anterior podían verse sus primeras señales. Estas señales aparecieron primero en la India, donde a partir del año 1825 se comenzó a celebrar conferencias regionales a las que asistían misioneros de diversas denominaciones. Las primeras —como la de Bombay en el año 1825 y la de Madrás en el 1830— se limitaban a una ciudad y sus alrededores. Pero ya en el año 1855 comenzó una serie de asambleas con más alcance geográfico, tanto en el norte de la India como, tres años más tarde, en el sur. En el año 1872 se reunió en Alajabad la primera conferencia misionera de toda la India, y luego continuaron celebrándose reuniones semejantes cada diez años. En Japón y China también se celebraron conferencias misioneras, pero éstas comenzaron más tarde que en la India: en el año 1872 en Japón y en el 1877 en China. En

la América Latina, salvo raras excepciones como la de México en 1888, no se celebraron conferencias misioneras interdenominacionales sino en el siglo XX. Lo mismo puede decirse acerca de África, donde la primera tuvo lugar en el año 1904.

Al mismo tiempo que se celebraban en el campo misionero las conferencias que hemos señalado, tenían lugar en Europa y Estados Unidos otras en que participaban las personas y organizaciones interesadas en el trabajo misionero. Ya en el año 1837 se reunieron en Basilea representantes de varias sociedades misioneras europeas. En 1846 se organizó en la Gran Bretaña la Alianza Evangélica, cuyo propósito era fomentar la comprensión y cooperación entre evangélicos de diversas denominaciones, y que desde su fundación tuvo un marcado interés misionero. Debido en parte a esta Alianza, se celebraron varias conferencias misioneras en el mundo anglosajón: en Nueva York y Londres en 1854, en Liverpool en 1860, en Londres en 1878 y 1888, y otra vez en Nueva York en 1900. Además, tanto en el mundo anglosajón como en el continente europeo, los dirigentes de la obra misionera comenzaron a reunirse y a tomar acuerdos para cooperar entre sí y para evitar conflictos en el campo misionero. Consecuentemente, estas conferencias buscaban discutir los problemas y retos en el campo misionero. Pero aún no se había desarrollado una teología que buscara integrar la tarea misionera con la vida de la iglesia, y por ello en gran medida estos congresos reflejan una tensión entre la misión —tarea de las sociedades misioneras— y la iglesia como se conoce en los países de origen.

Sin embargo, es triste notar que estos primeros pasos hacia la unidad, muy especialmente los del mundo anglosajón, no tomaban en cuenta la totalidad del trabajo que se estaba realizando, sino sólo el de los grupos y movimientos representados en cada conferencia o reunión.

Las misiones en la Época Contemporánea

Por último, entre los precursores del movimiento ecuménico del siglo XX debemos mencionar el Movimiento Estudiantil Cristiano. No podemos relatar aquí la historia de este movimiento hasta la fundación de la Federación Mundial de Estudiantes Cristianos. Baste decir que desde sus orígenes todo el movimiento estudiantil —y muy especialmente el Student Volunteer Movement— fue animado por un profundo interés misionero. Además, fue de él que surgieron las principales figuras que durante la primera mitad del siglo XX dirigieron el movimiento ecuménico.

Si bien durante todo el siglo XIX puede verse un creciente espíritu de unidad, es en el siglo XX que ese espíritu cobra ímpetu de fuerza universal en lo que se ha dado en llamar «el movimiento ecuménico». Pero también entonces la obra y el interés misioneros se encuentran en la raíz misma del espíritu de unidad, ya que el principal precursor del Consejo Internacional Misionero y del Consejo Mundial de Iglesias fue la Conferencia Mundial Misionera celebrada en Edimburgo, Escocia, en el año 1910.

En la Conferencia de Edimburgo estaban representados los principales cuerpos protestantes. Sin embargo, de más de mil delegados, sólo diecisiete pertenecían a las iglesias nacidas del trabajo misionero de Occidente. Los demás eran todos europeos o norteamericanos. Por otra parte, a fin de incluir a los anglicanos, fue necesario excluir de la agenda todo lo que se refiriese a cuestiones de fe y constitución, así como la cuestión de las misiones protestantes en la América Latina. Estas fueron las dos grandes omisiones, pero aun en esto la Conferencia tuvo resultados positivos, pues la omisión de estos dos temas de primera importancia llevó a la fundación, por parte de personas que habían estado presentes en Edimburgo, de movimientos dedicados especialmente a estos dos asuntos. Fue así que de Edimburgo surgieron el movimiento de Fe y Constitución (o de Fe y Orden) y, en el año 1912, el Comité de Cooperación en la América Latina. Este a su vez lle-

vó al gran Congreso de Panamá de 1916, donde el Comité de Cooperación en la América Latina fue ratificado.

Aun cuando la Conferencia de Edimburgo abrió el camino al movimiento ecuménico del siglo XX, es necesario señalar en ella una limitación teológica que afectó todos sus estudios. Ya hemos dicho que sólo había diecisiete representantes de las «iglesias jóvenes». Esto se debía, no sólo a cierto prejuicio o falta de interés, sino también y muy especialmente a una falsa perspectiva teológica, mencionada arriba, en la que no se había llegado aún a la integración entre iglesia y misión. Se pensaba que el trabajo misionero correspondía a las iglesias, y sobre todo a las sociedades misioneras occidentales; pero no se tomaba en cuenta el hecho de que, si las nuevas iglesias lo eran de veras, tenían que ser también misioneras, pues la misión pertenece a la esencia misma de la Iglesia. Luego, la Conferencia trató acerca de la responsabilidad y los problemas misioneros de las iglesias occidentales, pero omitió esa misma responsabilidad y esos problemas en lo que se refiere a las iglesias surgidas de la obra misionera reciente.

A pesar de las limitaciones que eran de esperarse en una conferencia como la de Edimburgo, a partir de aquella gran asamblea el movimiento ecuménico alcanzó un ímpetu inesperado. La propia Conferencia de Edimburgo nombró un Comité de Continuación cuya obra culminó en la formación del Consejo Internacional Misionero en el año 1921. Ya para esta fecha habían surgido organismos de cooperación misionera en Europa, Estados Unidos, Canadá y Australia, y éstos formaron el núcleo de la membresía del Consejo. Además se estableció que las «iglesias jóvenes» de África, el Oriente y la América Latina tendrían su representación en el Consejo. El propósito de éste —al igual que el de las diversas conferencias regionales celebradas anteriormente, así como de la Conferencia de Edimburgo— no era establecer nor-

mas para la obra misionera de las iglesias, sino servir de lugar de encuentro entre los diversos intereses misioneros.

El Consejo Internacional Misionero celebró conferencias en Jerusalén (1928), Madrás (1938), Whitby, Canadá (1947), Willingen, Alemania (1952) y Ghana (1957-1958). En el año 1961, en Nueva Delhi, se fundió con el Consejo Mundial de Iglesias, que había sido fundado en Amsterdam en 1948 y que había venido a ser el principal exponente del movimiento ecuménico.

La Asamblea de Jerusalén del año 1928 se reunió en el Monte de los Olivos. Casi la cuarta parte de sus miembros pertenecía a las «iglesias jóvenes», y ya esto era un paso de avance con respecto a la Conferencia de Edimburgo. En el entretanto, en el año 1927, el movimiento de Fe y Constitución, nacido también de Edimburgo, había celebrado en Lausana su primera conferencia. Muchos de los delegados a Jerusalén habían estado presentes en Lausana, y la influencia de ésta última se hizo sentir en el modo en que los delegados a Jerusalén se enfrentaron a la cuestión teológica fundamental de la naturaleza y el contenido del mensaje cristiano.

A partir de Jerusalén, y cada vez más, el Consejo Internacional Misionero comenzó a percatarse de la unión indisoluble entre iglesia y misión. En Madrás, la iglesia vino a ocupar un lugar céntrico en la discusión, pero el impacto de esta asamblea se vio debilitado por la Segunda Guerra Mundial. Buena parte de la obra de la asamblea de Whitby, en el año 1947, consistió en restablecer los vínculos que habían sido interrumpidos por el conflicto bélico, y en recordar los logros que se habían alcanzado antes de la catástrofe. En Willingen en el año 1952 y en Ghana, cinco años más tarde, continuó desarrollándose la conciencia de la unión entre iglesia y misión. El resultado de esto fue la fusión del Consejo Internacional Misionero con el Consejo Mundial de Iglesias (Nueva Delhi, 1961), pues no parecía justificarse, desde el

punto de vista teológico, la existencia de dos organismos diversos. A partir de entonces la mayor parte de los antiguos intereses y preocupaciones del Consejo Internacional Misionero pasaron a la División de Misión Mundial y Evangelismo del Consejo Mundial de Iglesias. Esta división continuó celebrando asambleas que pueden llamarse herederas de a tradición de Edimburgo, tales como la que tuvo lugar en México en el año 1963 —y luego otras en Bangkok, 1973; Melbourne, 1980; San Antonio, EE.UU., 1989; Salvador, Bahía, 1996; y Atenas, 2005.

El impacto de estas reuniones también tuvo un efecto importante en América Latina, dejándose sentir primordialmente en las Conferencias Evangélicas Latinoamericanas, el desarrollo de agencias ecuménicas tales como Iglesia y Sociedad en América Latina (ISAL), la Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC) y en posteriormente la creación del Consejo Latinoamericano de Iglesias en el 1979. Esta historia será discutida en el capítulo nueve.

Ninguno de los organismos ecuménicos que hemos mencionado —y hay muchos otros— tiene poderes sobre sus miembros, que siempre conservan su autonomía y derecho a tomar decisiones propias. Pero la oportunidad de discutir y plantearse juntamente problemas tanto de teología como de estrategia ha fortalecido grandemente la obra misionera protestante.

No todas las sociedades misioneras y líderes misioneros abrazaron el ímpetu de las conferencias mundiales misioneras y del Consejo Internacional Misionero. Algunas, en gran medida informadas por una urgencia misionera dada su expectativa de la inminente segunda venida de Cristo y por las controversias entre fundamentalistas y modernistas, formaron sus propias organizaciones «interdenominacionales» (pues muchos rechazaban el término «ecuménico») para discutir y planificar el trabajo misionero. La organización más importante entre estos grupos misioneros lo fue la *Interdenomi-*

Las misiones en la Época Contemporánea

national Foreign Mission Association, fundada en 1917. Esta asociación misionera agrupó a sociedades misioneras evangélicas, muchas de ellas conocidas como *faith missions* o *misiones de fe*. Un ejemplo de estas sociedades lo fue la *Misión Centroamericana* fundada por Cyrus I. Scofield a mediados del siglo XIX.

Muchas de estas sociedades criticaban las estrategias, ideas y propuestas que los congresos misioneros mundiales producían. No obstante, el carácter ecuménico y el espíritu de unidad en la misión, tal como la había propuesto Carey, era evidente aun entre estas sociedades y misiones de fe.

Estas organizaciones de tono más conservador y a veces fundamentalista también han contribuido a la creación de organismos «ecuménicos» en América Latina —aunque en tales círculos se prefiere decir «interdenominacionales» más bien que «ecuménicos»— tales como la Fraternidad Teológica Latinoamericana (1969) y la Confraternidad Evangélica de Iglesias Latinoamericanas (CONELA) a finales de la década de los 70. Esta historia también será discutida en el capítulo nueve.

Puesto que este libro trata acerca de la historia de las misiones, y no de la historia del movimiento ecuménico, no podemos relatar aquí cómo en la segunda mitad del siglo XX dicho movimiento, nacido entre protestantes, se extendió a las iglesias ortodoxas y al catolicismo romano. Baste aquí señalar el hecho, que en el futuro ha de influir sin duda en la obra misionera, aun cuando hasta el presente no sea posible decir cómo.

D. Consideraciones generales

El siglo XIX ha sido llamado "El Gran Siglo" de la historia de las misiones. En él se combina la más grande expansión que civilización alguna haya conocido con el más genuino interés misionero. El gran avance geográfico del cristianismo durante ese siglo se debió sin lugar a dudas, en parte al menos, al auge político y económico de Europa —y más tarde, de

Norteamérica. Pero los misioneros del siglo XIX y del XX fueron más independientes de los intereses políticos y económicos de sus naciones que los de cualquier otra época desde los inicios de la Edad Media. No faltaron misioneros que se sirvieron del poder y prestigio de las naciones de su procedencia para llevar su mensaje a quienes estaban bajo el influjo de ese poder o ese prestigio. Pero aun entre ellos la mayoría no lo hacía con un espíritu pragmático, queriendo aprovecharse de su posición privilegiada, sino que lo hacía con la sincera convicción de que los intereses occidentales, aun en manos de políticos algo corruptos o de comerciantes con el solo interés del dinero, eran una fuerza civilizadora.

Lo que caracteriza al movimiento misionero de esta época no es tanto el que haya sido instrumento de la expansión de Occidente —pues esa expansión tenía que venir debido al desarrollo tecnológico que el Occidente había alcanzado— como el espíritu de superioridad y de condescendencia por parte de las culturas occidentales hacia sus congéneres de otra raza, cultura y religión. En círculos misioneros occidentales se hablaba del *white man's burden* —la responsabilidad por parte de las culturas occidentales, encarnadas en el hombre blanco, de llevar a los demás su civilización y, junto con ella, su fe. Esta actitud no fue del todo universal, y en los capítulos que siguen encontraremos repetidos ejemplos de misioneros que tomaron otra actitud. Pero sí fue bastante general, y se reflejó en el modo en que se concebían las misiones, no como un aspecto fundamental de la vida de la Iglesia del que todas las iglesias debían participar, sino como la responsabilidad exclusiva de las iglesias occidentales.

Debido a su relación estrecha con la expansión de Occidente, la obra misionera de los siglos XIX y XX ha estado sujeta a las vicisitudes de esa expansión. Durante casi todo el siglo XIX, las potencias occidentales penetraron cada vez más en el resto del mundo. Aunque hubo países que, como China y Japón, durante algún tiempo

se negaron a permitir esa influencia, sus esfuerzos fueron vanos. Por ello, el siglo XIX trajo una expansión misionera casi ininterrumpida.

En el siglo XX, por el contrario, comenzó a hacerse sentir una reacción nacionalista en la que las viejas culturas, religiones y tradiciones servían de instrumento y símbolo de oposición a las culturas occidentales. Aun cuando repudiaba toda influencia occidental, esta reacción se veía obligada a hacer uso de la tecnología que le había sido legada por los poderes coloniales y los misioneros. Se intentaba, sin embargo, separar los adelantos técnicos del resto de la civilización occidental, y hacer uso de ellos sin dejarse envolver por el resto de la cultura en que tuvieron su origen. Esto hizo más difícil el trabajo misionero, pues pronto las nuevas naciones comenzaron a hacer uso por sí mismas de algunos de los adelantos técnicos —por ejemplo, en la medicina, la educación y la agricultura— que antes habían servido a los misioneros para hacerse escuchar.

Por otra parte, en el siglo XX comenzaron los cristianos a pensar en términos, no de una iglesia occidental con misiones en el resto del mundo, sino más bien de una iglesia representada en todas las naciones de la tierra y con una misión en cada una de ellas. De este modo, el cristianismo comenzó a ser verdaderamente una fe universal, y no la posesión del hombre

blanco. Esto puede verse, por ejemplo, en el mundo en que ha ido aumentando la participación de las antes llamadas «iglesias jóvenes» —hoy llamadas preferentemente «iglesias del Hemisferio Sur»— en el movimiento ecuménico internacional.

Por último, conviene señalar que, debido a que la mayoría de los misioneros protestantes del siglo XIX pertenecía a la tradición pietista, su mensaje en el campo misionero fue de carácter individualista. Esto no quiere decir que no se ocupasen del bienestar físico de las personas (que sí lo hicieron), sino sólo que no intentaron descubrir las implicaciones del Evangelio para la totalidad de la sociedad en que trabajaban. Aun esto no ha de exagerarse, pues hubo algunos casos, como el de Carey en la India, en que los misioneros hicieron todo lo posible por lograr leyes más justas. Pero aun entonces no comunicaron a las iglesias por ellos fundadas el sentido de su propia responsabilidad dentro de la situación en que estaban colocadas. En el siglo XX, con los nuevos estudios bíblicos y la renovación teológica que de ellos surgió, las «iglesias jóvenes» comenzaron a pensar más en términos de su propia responsabilidad social, aunque daban a veces la impresión de no estar del todo preparadas para descubrir por sí mismas lo que esa responsabilidad implicaba en su situación concreta.